

**Villalobos, César. *Arqueología en circulación: nacionalismo y turismo en monedas, billetes, timbres postales y guías de turistas en el México postrevolucionario*, Instituto de Investigaciones Antropológicas, Universidad Nacional Autónoma de México (UNAM), 2020, 333 pp.  
ISBN: 978-607-30-3652-8**

Este año se conmemora el quinto centenario de la conquista española sobre México-Tenochtitlán. Entre otros eventos académicos, la Lotería Nacional (LOTENAL) emitirá —de enero a diciembre— una serie de 32 billetes con fotografías de las principales zonas arqueológicas del país (uno por cada entidad federativa). Con esta iniciativa, se busca recordar la grandeza de los antiguos habitantes del país y, al mismo tiempo, reactivar el turismo interno después del duro golpe que supuso la pandemia para dicho sector. Por inocentes que parezcan, estos “cachitos” del pasado son vehículos de potentes mensajes en los que se discuten las identidades, intereses y necesidades del presente. El libro de César Villalobos ofrece un diagnóstico histórico para contextualizar este tipo de manifestaciones iconográficas, que no han cesado de aparecer —por lo menos— desde la consumación de la independencia.

En este sentido, la historia de la arqueología mexicana ha sido una de las más estudiadas a nivel global debido a su vínculo intrínseco con el desarrollo político del Estado y la Nación. Sin embargo, la mayoría de las publicaciones se han centrado en los procesos de especialización del discurso científico, en las biografías de los grandes personajes de la disciplina, en la conformación de colecciones (a través del movimiento de piezas clave como la Piedra del Sol, Coatlicue, el Señor de las Limas o el “Tláloc” de Coatlinchán) y, principalmente, en la reconstrucción y escenificación de espacios monumentales (con especial énfasis en Teotihuacán, Chichén Itzá o El Tajín). Por otro lado, desde un enfoque sincrónico y contemporáneo, también abundan análisis particulares sobre el público y la museografía de los recintos culturales. Dicho de otra

forma, contamos con un panorama relativamente claro sobre la *producción* y el *consumo* de este patrimonio.

Por el contrario, la circulación ha sido menos atendida, exceptuando algunos estudios sobre el periodo porfiriano (relativos al papel de los pabellones en las ferias internacionales o la creación de pinturas con temática histórica) y sobre el contenido de los libros de texto gratuito. Como el título indica, en esta investigación se tematiza cómo la arqueología mexicana adquirió una imagen pública preponderante gracias al nacionalismo posrevolucionario y la emergencia del turismo a partir de la década de 1920: para ello, el autor realizó una investigación documental exhaustiva de aquellos materiales gráficos donde el pasado prehispánico funcionaba como capital simbólico tanto dentro como fuera de las fronteras, respondiendo a usos tanto oficiales como privados. Ellos fueron, principal pero no exclusivamente, las monedas, billetes, timbres postales y las guías turísticas.

Cabe señalar que este trabajo se publicó originalmente hace una década y en inglés como la tesis doctoral del autor, habiendo aparecido algunos fragmentos como artículos aislados en revistas científicas. Pese a ello, esta nueva versión sigue resultando fresca, amena y vigente en un contexto en el que los usos turísticos del patrimonio arqueológico se encuentran exacerbados gracias a megaproyectos como el Tren Maya, la remodelación del Bosque de Chapultepec o el nuevo Aeropuerto Internacional Felipe Ángeles. Si bien estos temas no se discuten por motivos obvios, el contenido del libro evoca reflexiones sugerentes sobre cómo se ha llegado hasta este punto: y es debido a que profundiza en momentos coyunturales de la historia reciente del país, en los cuales se replanteó la función social de la disciplina arqueológica. Particularmente, con el triunfo del constituyente de 1917, con el movimiento de 1968 o la crisis económica de 1982.

Aunque del 2011 (cuando apareció la tesis) a la fecha han incrementado las investigaciones sobre la arqueología mexicana vista desde una perspectiva externa, esta obra fue pionera en incluir la variable turística en el clásico binomio entre Nación y pasado antiguo. Por ello, en el primer capítulo se establecen conceptos básicos para entender la transición hacia la mercantilización del patrimonio cultural, principalmente mediante lo que Billig denominó el “nacionalismo banal”. En el siguiente se entra de lleno al caso de estudio, comenzando por el debate fundante del mestizaje que, desde el porfirato, orientaría la demarcación de los discursos científico-sociales y el diseño de la política pública en materia agraria. Este mito fundacional alcanzaría

su expresión visual más acabada por José Clemente Orozco en los murales de San Ildefonso, plasmando a Cortés y la Malinche como los nuevos Adán y Eva. De esta concepción emanarían programas de investigación como el de Manuel Gamio en Teotihuacán y un marco institucional para proteger el legado del “indio muerto” y el presente del vivo.

Resulta de interés la periodización propuesta para analizar los procesos de la arqueología mexicana durante el último siglo a lo largo del texto: en una primera fase, el autor ubica su consolidación como disciplina científica y su anclaje al programa posrevolucionario mediante el diseño de la política indigenista antes mencionada entre 1920 y 1934; acto seguido, vendría la construcción del monopolio estatal sobre el pasado antiguo con la fundación del Instituto Nacional de Antropología e Historia (INAH) en 1939, mientras el turismo se insertaba de forma incipiente, a través de destinos como Acapulco, hasta 1958. Un tercer momento culminaría en 1982, caracterizándose por la crítica al paradigma antropológico inaugurado por Gamio, a la par de la instalación de la llamada “industria sin chimeneas” a todo vapor gracias a proyectos como el de Cancún.

La cuarta y última fase, ubicada entre la “década perdida” y la llegada de Felipe Calderón a la oficina presidencial, es nombrada “la era del turismo”. Para entonces, las finanzas públicas se volverían dependientes de los ingresos creados por este sector terciario, por lo cual se alentó la apertura de zonas arqueológicas para captar capitales globales, además de la internacionalización de los esfuerzos para la protección de los espacios más representativos (gracias a las declaratorias de Sitios de Patrimonio de la Humanidad de la UNESCO, que comenzarían con Teotihuacán en 1987). Dentro de este marco, destacarían indudablemente los Proyectos Arqueológicos Especiales, fomentados por Carlos Salinas de Gortari en 1992, en los cuales era evidente la transfiguración de aquellos templos nacionalistas de la época porfiriana en destinos para el esparcimiento, inaugurando recintos de la talla de Xochitécatl, Filobobos, Cantona, Calakmul o Sierra de San Francisco.

La investigación documental propiamente dicha comienza en el tercer capítulo, estableciendo los criterios metodológicos para ordenar el acervo visual, mientras que en el cuarto y quinto se presentan resultados puntuales del análisis de los recursos oficiales (es decir, emitidos por el Estado): a saber, las monedas y los timbres postales. Si bien ambos compartieron la afición por los temas, personajes y periodos de la Historia liberal decimonónica, los timbres postales fueron más sensibles a modas temporales y a representar otras regiones

o culturas. Como bien identifica el autor, sería el descubrimiento del monolito de Coyolxauhqui en 1978 el detonante de una verdadera “fiebre azteca” (por llamarla de algún modo) que transformaría la apariencia del Centro Histórico de la Ciudad de México y enlazaría al Proyecto Templo Mayor a los fines presidenciales, plasmando sus hallazgos por doquier.

En contraposición, las monedas permanecieron prácticamente estables frente a las transformaciones del escenario político desde 1821. Además del Escudo Nacional, fue constante la aparición de la Piedra del Sol como símbolo de una Edad de Oro, y de Cuauhtémoc como el santo mártir de los liberales que devino en el ícono del régimen priísta. No es casualidad que en el actual tiraje de billetes este personaje fuera sustituido por uno más políticamente neutral, el “rey poeta” Nezahualcóyotl, o que su monumento en Paseo de la Reforma haya quedado en un grado de abandono tal que fue mutilado hace unos meses. En suma, de estos capítulos se desprende que los denominados “aztecas” no tuvieron rival alguno: el uso de su iconografía siguió siendo solemne pese a la circulación masiva. Así, el “nacionalismo banal” no implica la desacralización sino la naturalización de un pasado ideologizado.

Los dos siguientes capítulos conforman una suerte de unidad temática distinta, orientada a la gradual inserción de los bienes arqueológicos muebles e inmuebles en la dinámica turística. En el sexto, se hace una original semblanza del papel que fungió Teotihuacán y algunas piezas del recién inaugurado Museo Nacional de Antropología en la propaganda de los Juegos Olímpicos de 1968. Este evento enlaza con el séptimo, uno de los momentos cumbre del libro, dedicado al desarrollo de los espectáculos de luz y sonido como una nueva forma de consumir este patrimonio. El texto acierta en delinear las críticas nacionalistas a los usos mercantiles y elitistas de los shows, así como en el desplazamiento del epicentro del turismo arqueológico del altiplano central a la costa caribeña, chocando con las aspiraciones descentralizadoras de Yucatán (con el caso de Uxmal y la fundación del patronato CULTUR).

Por último, en el octavo capítulo se presenta el estudio de las guías de turistas, contrastando las emitidas por el Instituto Nacional de Antropología e Historia (INAH) con otras comerciales, tanto en español como en inglés. En las primeras se aprecia nítidamente que la apertura de las zonas arqueológicas no ha respondido al objetivo principal del fomento económico sino al de contribuir a la narrativa nacionalista mediante la educación, por lo que las ruinas son descritas como objetos fijos del pasado, despojados de cualquier contexto contemporáneo. En contraposición, las comerciales permiten

acercarse a las visiones estereotípicas de la mexicanidad, a la experiencia personal de conocer estos destinos y a la oferta de otros bienes y servicios por las comunidades locales. Allí es claro su consumo como *pasatiempo*. El libro cierra, pues, con las tensiones entre los usos oficiales y los particulares sobre este patrimonio que es, teóricamente, “de todos los mexicanos” desde la inserción misma del turismo hace casi un siglo.

De tal modo, en esta obra la arqueología mexicana resplandece con luz propia gracias a un análisis minucioso y una prosa sencilla. Más que centrarme en las contribuciones particulares del texto, me gustaría subrayar algunas fructíferas vetas de investigación que éste sugiere para las nuevas generaciones: por ejemplo, el uso de la iconografía prehispánica en medios virtuales, las nuevas actividades dentro de los sitios, e inclusive las historias contemporáneas de vestigios que han subsistido por décadas a la sombra de los monumentos que han decorado los billetes, monedas, timbres postales y guías turísticas aquí mostrados. Los nuevos espectáculos de luz y sonido (ahora llamados *videomappings*) son una buena conjunción de estos temas, ya que han dejado de ser exclusivamente comerciales y responden a otras dinámicas políticas o de disfrute del espacio público. Basta citar el de la pirámide del Metro Pino Suárez, de carácter gratuito y que cuenta con caricaturas el mito del dios Ehécatl.

La investigación que ahora se edita como libro representa solamente una pequeña muestra de la ecléctica trayectoria de César Villalobos, quien además es reconocido por sus trabajos arqueológicos en el Noroeste sobre cambio climático o manifestaciones gráfico-rupestres, y como promotor de una nueva antropología interdisciplinaria a través de la creación de dicha licenciatura en la Universidad Nacional Autónoma de México (UNAM). En ambas facetas, el autor ha enfrentado de manera tan creativa como rigurosa las consecuencias del imaginario nacionalista sobre regiones, vestigios y enfoques distintos al pasado “azteca” celebrado por el Estado y al maya promovido para el encanto del turismo masivo. Particularmente, su desenvolvimiento en el desierto sonorenses desde un enfoque multivocal, colaborando activamente con agentes privados y comunidades indígenas, augura futuras publicaciones relevantes.

Por el momento, *Arqueología en circulación* promete convertir un texto que ya era popular en un nuevo clásico para las historias de la disciplina en América Latina gracias a su versión impresa, traducida al español y editada por una institución pública de la talla de la Universidad Nacional Autónoma de México (UNAM). En el fondo, es un texto valioso tanto por lo que dice como por lo que deja implícito: en un escenario posnacionalista, uno no deja

de preguntarse por el rumbo actual del patrimonio arqueológico, donde por un lado se ejerce mayor presión sobre los recursos culturales (echando mano de programas turísticos tanto federales como locales), pero —por el otro— se deja desprotegida a la institución responsable con el recorte de personal y presupuesto. Frente a este contexto frágil, el monopolio institucional sigue renuente a los cambios, provocando —en conjunto— situaciones explosivas como la que hace unos días se presentó en Oztoyahualco, en las faldas de las Pirámides del Sol y la Luna en Teotihuacán.

Finalmente, en este libro César Villalobos ofrece un análisis genético de la relación entre el turismo, el nacionalismo y la arqueología en México, que jurídicamente se encuentra encasillada en el estudio de los pueblos prehispánicos (añadiendo después los restos paleontológicos, cabe aclarar), y que institucionalmente se ha atrincherado en los mismos veinte sitios estelares. Sin embargo, en vez de enfocar esta historia desde informes burocráticos o personajes de bronce, decidió partir de las formas sutiles en que ésta se vive cotidianamente: con cada compra con billetes o monedas estamos intercambiando nuestro pasado. Como nos sugiere este año la LOTENAL, las ruinas son el mejor “amuleto de la suerte”. En pocas palabras, aquí se reconstruye cómo la industria turística convirtió al INAH en la célebre “gallina de los huevos de jade”.

*Víctor González-Robles*

Seminario Universitario de Investigación del Patrimonio Cultural  
Universidad Nacional Autónoma de México (UNAM)  
vicgr77@gmail.com